

Los caballeros.

Los comendadores.

Los grandes cruces.

Las dignidades.

Individuos de la Asamblea con su secretario.

El vicepresidente de la Asamblea.

Los Excmos. señores Secretarios de Estado y del Despacho.

Marchaba después en un magnífico coche, tirado por cuatro caballos, S. A. S. el General Presidente de la República.

A su derecha el Gobernador del Distrito y á su izquierda el Comandante General, ambos á caballo.

Detrás del coche del Gran Maestre los ayudantes de campo con su jefe á la cabeza.

Luego el mayor de plaza con sus ayudantes.

A continuación una compañía de granaderos á caballo y otra de lanceros, ambas con estandartes y música.

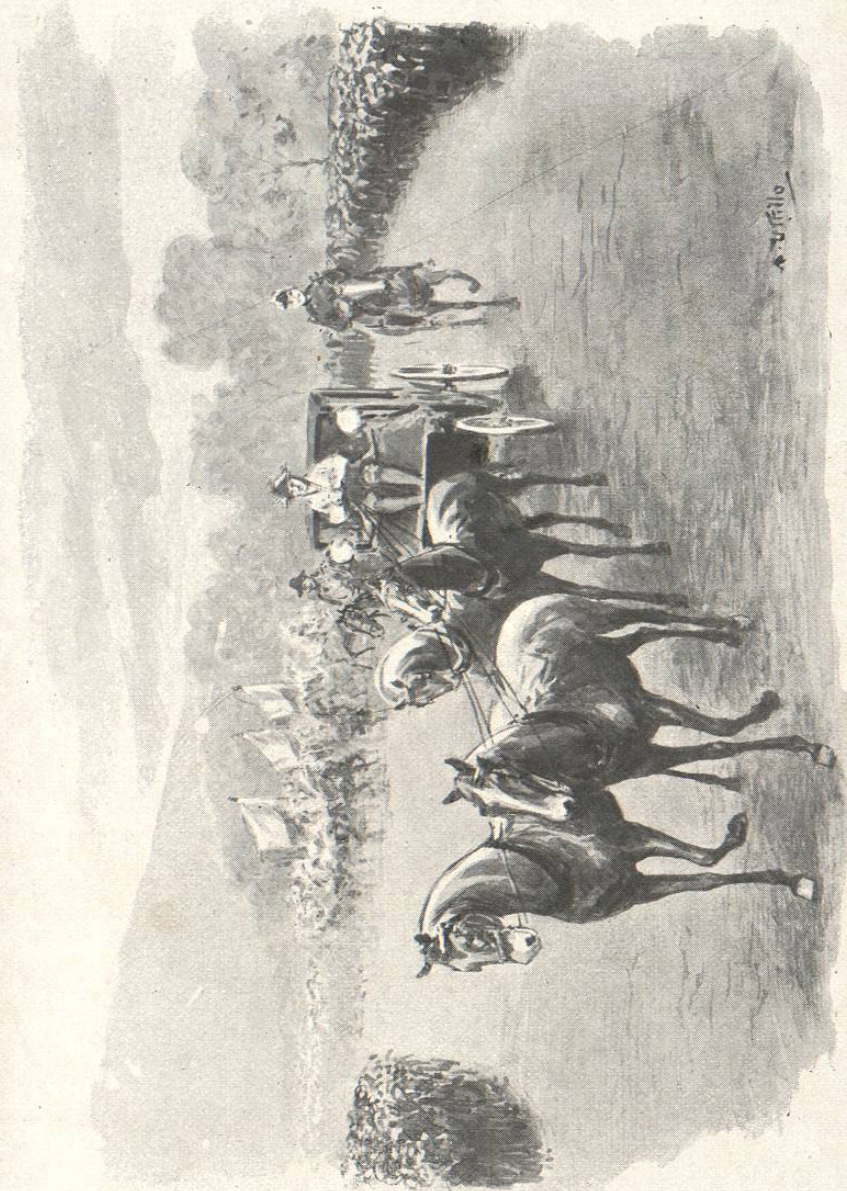
Criados de librea del Gran Máestre.

Seis coches de respeto del mismo dignatario, tirados cada uno por cuatro grandes caballos negros, que llevaban criados de librea.

Criados de librea de los caballeros.

Un piquete de caballería.

Una batería anunció con una salva de veintiún ca-



Marchaba después en un magnífico coche, tirado por cuatro caballos, S. A. S.

ñonazos la salida de la brillante comitiva para la Colegiata.

Un gentío inmenso llenaba las plazas y las calles de la carrera, así como la calzada, donde formaban valla los cuerpos de la guarnición.

La mañana, aunque de invierno, no era lluviosa ni estaba cubierta por la bruma. El sol, que disparaba sus flechas de oro sobre aquel brillantísimo panorama, hacía brillar con extraordinario esplendor los charolados y magníficos carruajes, los bordados en los uniformes de generales y caballeros, y las bayonetas, espadas y fusiles de oficiales y soldados.

Una batería colocada en Guadalupe anunció la llegada de la comitiva, las bandas batieron marcha, y á poco S. A., en medio de los señores Secretarios de Estado y del Despacho, y precedido del Vicepresidente y gran cruz más antiguos, entró á la Colegiata.

Ya le aguardaban el señor arzobispo don Lázaro de la Garza y Ballesteros, gran cruz de la Orden, y el cabildo de la Colegiata, que le dieron la paz; y luego la selectísima concurrencia que por especial invitación había ido de México y que llenaba las naves y crujías.

S. A. vestía, sobre su gran uniforme de general de división, el manto de raso azul forrado de tafetán con vivo violado, llevando por toda la orilla un bordado de oro que figura círculos, laureles y palmas. El manto se



ataba con grandes cordones de hilo de oro, con borlas del mismo material.

Al cuello llevaba el collar de la Orden, que era de eslabones de águilas *esployadas*, alternadas con círculos

de laureles y palmas, dentro de los cuales había en cifra una I y una S., iniciales del fundador y del restaurador de la orden. Pendiente del collar llevaba la gran cruz, que era de oro, con los brazos esmaltados de los colores de nuestro pabellón, una elipse en el centro, y en el fondo, sobre campo blanco, la imagen de la Guadalupeana. Encima del brazo superior de la cruz estaba una águila, en el inferior una palma y en el otro una rama de oliva. Llevaba al rededor del elipse esta leyenda: *Al patriotismo heroico.*

Muy lujosos también eran los uniformes de los grandes cruces don Angel, don Salvador y don Agustín Iturbide, hijos de Agustín I; de don José María y don Miguel Cervantes, conde éste de Santiago y aquél marqués de Salvatierra; del doctor don Juan José de Aycinena, marqués de Aycinena, de don Manuel Gual, del marqués de Guadalupe Gallardo, de don Juan Landa y de otros sujetos.

Los caballeros que no eran militares llevaban casaca redonda de paño azul turquí, faldones forrados de tafetán blanco y botones dorados con las armas nacionales, corbata negra sencilla, chupín de casimir blanco con botones idénticos á los de la casaca, pantalón de paño azul con franja de galón de oro, bota sencilla sin pliegues, sombrero montado con presilla dorada, guarnecido con pluma tricolor rizada y con la esca-

rapela nacional; cinturón de galón de oro con corchete dorado y la cifra D. O. G., que quiere decir *Distinguida Orden Guadalupana*, espadín con puños y adornos dorados, y vaina de cuero negro.

Los comendadores y grandes cruces llevaban en el lado izquierdo una placa de oro guarnecida de brillantes, distinguiéndose, como es claro, la de S. A., que era más rica que todas las otras.

Luego que el señor General Presidente penetró á la Colegiata, se sentó bajo el riquísimo dosel que se le tenía preparado al lado de la epístola.

S. A. S. la señora Presidenta y su familia, se colocaron al lado del evangelio, en una tribuna que se les había preparado exprofeso, y durante toda la ceremonia estuvieron acompañadas del señor Gobernador de palacio y cuatro ayudantes.

En la nave de la izquierda se colocaron, también en tablados especiales, los caballeros de órdenes extranjeras, luciendo trajes riquísimos y encabezados por el señor Conde de la Cortina y Castro, gran cruz de Carlos III.

Los caballeros estaban en la nave del centro, las familias de éstos y las de los ministros, agentes diplomáticos y miembros de la orden, en el coro alto.

En la otra nave se encontraba una elegante multitud, exprofeso convidada para la ceremonia.

Pedida la venia al Gran Maestre, se cantó á toda or-

questa el himno *Veni Creator*, y el salmo *Ecce quam bonum et quam jucundum*.

Luego S. A. S. tomó el juramento á todos los caballeros y les entregó su título. Concluído este acto y sentados los caballeros en sus lugares, les dirigió el Gran Maestre una alocución exhortándolos á la práctica del honor, de la fraternidad y del patriotismo, y luego, puestos en pie, recibieron la bendición que con el Santísimo Sacramento les dió el señor Deán de la catedral y comendador de la orden, don Manuel Moreno y Jove.

Inmediatamente las tropas formadas presentaron las armas, batieron marcha las músicas é hizo salva la artillería.

La misa la celebró el señor Arzobispo, y predicó el sermón el padre don Francisco Javier Miranda, que á lo que parece tan bueno es para preparar un plan revolucionario como para excitar á las gentes á la concordia y á la hermandad.

Tomó el pico de oro por tema de su discurso el del salmo que se acababa de cantar: *Ecce quam bonum et quam jucundum habitant fratres in unum*.

En seguida se entonaron la Salve, la Letanía y *Te Deum*, levantándose la concurrencia para marcharse.

En aquel momento, entre el fulgor de cruces, casullas, mitras, charreteras, canelones, báculos, capas pluviales, espadas y espadines; mientras titilaban cerca de la

custodia las lenguas de fuego de los cirios y cubría veneras, galones, entorchados, terciopelo y raso una nube de incienso que divinizaba el cuadro, yo dije en mi interior con voz honda y potente: «¡Señor, que dure siempre esta feliz alianza; que no se altere nunca la concordia entre la Iglesia y el Estado, y que sigamos viendo por luengos años el trono del colérico Sabaoth bíblico, sostenido por las bayonetas de estos bravos militares! Y que todo sea para esplendor del culto, gloria de la Iglesia y extirpación de las herejías...»

Aquí llegaba cuando me interrumpieron unos bribones que, riéndose descaradamente en medio del santo templo, decían con sorna: «Vaya con los *huchuenches*».

Perdí la paciencia, y á riesgo de hacer un escándalo saqué á aquellos caballeritos para entregarlos á una escolta de diurnos. ¡*Huchuenches!* ¡Llamar con ese nombre despreciativo á lo más granado de la patria, es un desacato que no perdonaré jamás! Mi pluma al referirlo se pone más excitada que la del moro Tarfe, y «el delgado papel rasga» al estampar este sacrilegio.

Luego hubo refresco en casa del señor abad Conejares, y la comitiva emprendió la vuelta en el mismo admirable orden que había traído.

Las calles de Santo Domingo, Empedradillo, Plateros y la Plaza de Armas estaban henchidas de gente, los edificios ostentaban colgaduras, y en todos los rostros se

veían señales patentes de regocijo, porque se comprendía que estaba la patria en camino de regeneración.

A las cuatro de la tarde entraba S. A. S. en Palacio, acompañado de su brillante séquito.

*23 de Diciembre.* Ha circulado, según cuentan, un libelo difamatorio que se llama *El gallo juído*, continuación de *El gallo pitagórico*. Es un fárrago sin gracia, que aunque ha hecho reír á los tontos, ha sido reprobado por todas las personas de arraigo, que afortunadamente son muchas.

El redactor es un licenciado Morales, vejete entrometido, sin gracia ni talento; pero eso sí, atrevidillo y maleante. Según dicen, llama á S. E. con el largo y enrevesado nombre de *Pyrgopolinices*, que quiere decir el *Soldado fanfarrón*, y á todas las personas que intervienen en el gobierno con otros dictados nada reverentes.

Salto de ganas de que me comisionen para recoger ese papelucho, poner preso al licenciado periodista, y si menester es, moverle camorra y dejarle por puertas. Parece, sin embargo, que no se podrá proceder tan fácilmente contra este pícaro, á causa de que era ó es presidente de la corte de justicia, ó ejerce otro empleo curialesco.

*La misma fecha.* Ya me explico la bondad de S. E. Nuestro grande hombre, que ya ha mostrado muchas veces el

rayo de su ira, quiere en esta vez dar á conocer la aurora de su clemencia.

Dicen que ayer, cuando los señores que se hallan cerca del señor General se mostraron indignados de los excesos del pícaro Morales, S. E., sin conmoverse, dijo sonriente: «Ese gallo quiere maíz», es decir, ese escritorzuelo desea honores, dinero, posición, y hay que dárselo.

Yo respeto la opinión de S. E. como de tan grande hombre que es; pero creo que si les dan alas á estos bribones, van á figurarse que se les necesita. Sobre todo, que es probado el viejo sistema: garrotazo y tente tieso.

*24 de Diciembre.* No aguanto la indignación que me llena y me sofoca: sé de buena tinta que ayer llamó el señor Santa Anna al licenciado Morales, y después de haberse servido halagarlo, hablándole de su talento, de su sabiduría y de otras cosas que S. E. bondadosamente atribuyó al muy finchado del periodista, le dijo que creía que no ocupaba el puesto que le correspondía por sus méritos, que sus servicios reclamaban recompensa de acuerdo con su valer, y patatín y patatán, concluyendo con ofrecerle que haría una combinación ministerial para que ocupara un puesto en el gabinete el canalla aquel.

El Morales, haciendo la gatita de Mari Ramos, fingió que agradecía el favor de S. E.; pero se rehusó á admitirlo hablando de honradez, de convicciones, de conse-

cuencia política, de diferencia de su parecer con el programa actual del gobierno y de no sé cuántas tonterías.

Necio y más que necio. Como si hubiera convicciones y consecuencias que valieran cuando se trata de obsequiar indicaciones de una personalidad como la de nuestro jefe.

Pero S. E. tiene la culpa por guardar consecuencia á gentuza liberalasca, que no se da á partido ni por orden de Dios mismo. Ya se habrá convencido de que tenemos más razón los



D. JUAN BAUTISTA MORALES

rigoristas que los que hablan de blandura y moderación.

Como si fueran posibles esas cosas con gentes como éstas.

*26 de Diciembre.* La felicidad de México está asegurada, y de hoy más, todas las sugerencias de la anarquía serán impotentes para impedir que este país, tan desgraciado en otro tiempo, se muestre á la faz del mundo rico y feliz.

Hoy salió á luz un decreto en que se declara que por voluntad de la nación el actual Presidente de ella continuará con las facultades de que se halla investido, por el tiempo que juzgue necesario para la consolidación del orden público, el aseguramiento de la integridad territorial y el completo arreglo de los ramos de la administración. Se autoriza al mismo Presidente para escoger sucesor y se dispone que el tratamiento de Alteza Serenísima sea para lo sucesivo anexo al cargo de Presidente de la República.

Vale la pena de explicar los antecedentes de esta ley salvadora é importantísima. En Noviembre de este año se reunieron en Guadalajara el comandante general don José María Ortega y muchos vecinos principales, y previas algunas consideraciones muy discretas, se determinó hacer saber al país que, como en concepto de aquellas gentes no bastaba para constituir la República y arreglar todos los ramos de la administración, el plazo de un año, se debía prorrogar aquél por el tiempo que fuera necesario.

Bien se conoce que no era rana quien redactó el papelito, pues tiene cosillas que harían estremecer á una peña.

«México, dice, cual otro hijo pródigo, desengañado de sus errores, se dirigió al que en su ciega ingratitud había arrojado de su seno, al ilustre y benemérito gene-

»ral don Antonio López de Santa Anna, que desde un país  
»extranjero, contemplaba la próxima pérdida de su que-  
»rido suelo natal... México reanimada, levanta ya la  
»frente del polvo donde la tenía hundida, y el germen  
»vivificador de la seguridad, de la justicia, de la morali-  
»dad y de la religión, que siente difundirse en su cuerpo  
»social, le revelan una existencia poderosa y fecunda, si la  
»diestra mano de aquel ilustre caudillo concluye la obra  
»de su regeneración, que con tanto acierto y abnegación  
»ha emprendido.» Eso es retórica y canela de la fina.

Luego se circuló la iniciativa de Jalisco á todos los ayuntamientos de la República, y como si hubieran sido un solo y mismo ayuntamiento convinieron en que la medida propuesta era salvadora y merecía la aprobación general.

Unicamente hubo un motivo de disputa: ¿Cómo debía llamarse al señor Santa Anna? *Generalísimo*, *Almirante*, *Capitán General*, *Príncipe* y hasta *Emperador* fueron los títulos que propusieron para S. E. el amor y la adhesión de sus pueblos.

Pero él, modesto hasta la exageración, se contentó á duras penas con el de *Alteza Serenísima*, nombre músico, peregrino, alto, sonoro y significativo.

Como era natural, S. A. S. dirigió la palabra á los votantes, dando á conocer su encantadora llaneza y su elevado patriotismo. «El merecer después de mi muerte el